



BALNEARIOS

Queremos incluir en estas páginas dedicadas a los balnearios unos textos entresacados del libro de Carmen Martín Gaité *El balneario*, en donde se describen, de manera muy amena e inteligente, las jornadas tranquilas, relajantes y aburridas de la vida en estos establecimientos.

El balneario no es que sea muy grande, pero tiene, eso sí, muchas puertas. Este es el Gran Hotel, y comunica con el manantial y los baños. Hay muchos pasillos interiores que parecen inútiles y enorme cantidad de recodos y escalones. Pero, sobre todo, las puertas. Generalmente son de esas de dos hojas, que basta con empujarlas y se abren y se cierran sin ruido. Si no hubiera tantas puertas, aunque casi todas vengan a llevar al mismo sitio, este lugar no tendría movimiento ni emoción ninguna. Nadie se perdería y estarían todos sentados en círculo, mirándose a los ojos, pensando secretamente en escapar.

Las puertas llevan al manantial, al salón, con su piano; al escritorio, al parque de atrás; pero lo importante no es adonde lleven, sino que las haya en tanta profusión. Desde por la mañana, todos los agüistas desahogan sus nervios buscándose unos a otros en repetidos paseos circulares, a través de los limitados recintos recorridos tantas veces. Entran y salen enardecidos por la pesquisa; creen encontrar el rastro a

cada instante y no les importa que se les vaya un poco, porque es igual que el juego del escondite, donde la gracia misma reside en la dificultad de la búsqueda y en que dure más tiempo.

Aquí todos se conocen de unas temporadas a otras. Constituyen una gran familia y se subdividen, agrupándose por regiones. Gallegos, catalanes, madrileños... Conocen los unos las historias de los otros, y sus dolencias, y sus parentescos. Y algún día descubren con gozosa sorpresa antiguas amistades y las desentierren como un tesoro.

—¡Pero, hombre, si no conozco otra cosa! Toda la vida vivieron al lado de casa de mis abuelos, en Bilbao. Famoso aquel Cesítar. Si usted lo hubiera conocido de niño..., sabía más que Lepe.

Cuando llegan los agüistas nuevos, la primera orientación que se necesita es la de conocer la región a que pertenecen. Con eso se les coloca en el casillero oportuno, y de ahí se pueden ir sacando informaciones ulteriores hasta localizar el apellido, y procurar sacarle,

paladeándolo despacio, ramas afines con algún otro oído anteriormente, tal vez en este mismo balneario.

Aparte de la exhibición de los propios parentescos y de la investigación de los ajenos, ¿de qué otras cosas se habla en este balneario? Lo de los parentescos es, desde luego, lo más importante; pero hay que tener en cuenta que se habla mucho, porque el día es largo, que se habla sin parar de muchas cosas. Hay veces que ni siquiera da tiempo a escuchar lo que dicen los demás, porque está uno ocupado, recordando un sucedido que tiene que ver con lo que cuentan alrededor, y lo está preparando para soltarlo cuando haya una pausa. Y otras veces hablan todos al tiempo, y la conversación resulta algo confusa.

Sucedidos, sí. Principalmente se cuentan sucedidos. Sucedidos en rueda, entrelazados. De una niña, por ejemplo, que se tragó una perra; de que eso es peligroso.

—Ah, pues verá usted lo que le pasó a mi sobri-
nito...

—...sí, sí, muy peligroso...

—...y la perra era más gorda que una almendra.

—El pequeñito de mi hermana Angeles, la que vino a verme el otro día con su marido...

—¿Y dice usted que se ponía morada cuando la tragó?

—...pues nada, que el angelito, en un descuido de su madre, agarró el pizarrín...

La niña, el sobrinito, la perra, el pizarrín..., sucedidos salteados, desvaídos, larguísimos de contar, desmesurados artificialmente para alcanzar a atraer la atención de todos los contertulios; para lograr, si es posible, que también levanten la cabeza de las mesas inmediatas, que se vengan al corro arrastrando sus sillas. Sucédidos recientes o de antaño, del tiempo que uno quiera, hasta puede que inventados; sucedidos no sucedidos jamás. De descarrilamientos, de muertes repentinas, escuchados plácidamente entre sorbo y sorbo de chocolate.

También se cuentan chistes, es verdad. Muchos chistes se cuentan. Los hay de hombres y para señoras, como las tandas de ejercicios espirituales. Y también los de hombres se les cuentan a algunas señoras, aunque haya otras que se escandalicen y digan que no han entendido nada. Hay personas especializadas en contar chistes, como hay otras especializadas en reírlos, con una risa ruidosa que se queda abajo, chocando entre las paredes del estómago, sin subir a alegrar los ojos. Los chistes se olvidan y, cuando se repiten, no se los reconoce. Se quedan en el fondo de la memoria como un barrillo impreciso, y no circulan, no se incorporan a la mesa torrencial de todo lo visto y lo oído: son igual que muertos en su nicho.

Sillas... ¿Cuántas habrá en un balneario? Entre bancos, y sillas, y sillones; entre los de mimbre, los tapizados, los de madera, los de lona... Una vez que vino un prestidigitador por la noche sacaron al paseo asiento para todos y formaban los asientos filas y filas. Pero todavía estaban dentro del salón, en el vestíbulo y en las habitaciones todas las sillas de siempre, como si no hubieran quitado ninguna. "Debe haber más de cinco—¡ya lo creo!—y más de seis para cada persona, contando a todos los empleados y a los de la cocina."

Sería muy bonito sacar un día todas las sillas y los sillones, absolutamente todos, y ponerlos en hilera, agarraditos de las manos, desde la puerta del Gran Hotel para allá. Una fiesta de sillas, de sillas solas, vacías, sin servir al cansancio de nadie; de sillas libres. Una fiesta de sillas que celebrasen su día de vacación, su domingo. ¿Hasta dónde llegaría la fila? Desde luego, más allá de la iglesia. A lo mejor hasta el paso a nivel. O más allá. Seguramente más allá. Lo menos hasta la segunda curva de la carretera, donde está ese letrero torcido, en medio de un maizal, que ningún año se ha caído del todo ni se ha torcido más; ese letrero donde pone: "Para calidad, Domecq", y que es el límite de los paseos que se dan por la tarde, antes de que toquen para el rosario, las señoras de cierta edad, de sesenta para adelante. Dicen: "Vamos hasta el letrero. ¿Viene usted, Beatriz?", y se llevan el velo dobladito para entrar en la iglesia, a la vuelta.

Los sillones de mimbre son los que tienen más tráfico por lo ligeros y manejables. Siempre andan en brazos de los botones, de la sombra al sol, del sol a la sombra; son requeridos en todas las tertulias; arras-

trados por su mismo ocupante en cuclillas. Y cuando alguien se levanta por poquito rato, deja encima del asiento el periódico o un ovillo de lana para marcar el sitio y que no se lo quiten. Cuando llueve, alguna tarde de esas que ha habido de lluvia violenta, los meten en volandas, como a delicadísimos enfermos, y allí se quedan los sillones de paja, alineados a la puerta del vestíbulo, llenos de escalofrío, salpicados de gotas redonditas, mirando al cielo encapotado desde dentro.

En estas tardes de lluvia es cuando más se juega, y salen a relucir los echarpes de lana morada de las señoras. Todos irrumpen bulliciosamente en el salón para coger buena mesa, y las moscas se meten también a lo calentito y se posan reiteradamente en las barajas. El salón cobra una animación inusitada en estos días de lluvia.

Los días de lluvia, en cambio, las sillas son despedadas sin miramientos de la pared y arrimadas a las mesas de juego. Se abren bien las contraventanas y se encienden todas las luces. Al salón lo sacuden de su siesta y se puebla de humo de tabaco y de voces presentes, se ventila de recuerdos.

También es muy frecuente en estos días de lluvia que, de pronto, se pare un automóvil a la puerta del hotel. El chófer abre las portezuelas, mientras cientos de ojos curiosos acechan desde todas las ventanas. Del automóvil se baja alguien, una familia desconocida. Hay una pausa en las lecturas, en los juegos, en las labores. ¿Quiénes podrán ser? Pero, de pronto, una señora de las que estaban a nuestro lado en la mesa se levanta excitadísima, abandona las cartas de cualquier manera y sale tropezando con la silla. Se abalanza sobre los viajeros como si tuviera miedo de que se fueran a marchar al no encontrarla en seguida, y los abraza con exageradas muestras de afecto. Los ojos se han quedado clavados en la escena. La señora se siente heroína. Habla y se ríe muy fuerte y sabe la expectación que ha despertado a sus espaldas. Habla de tú con los que han llegado, un tú insolente y agresivo, como si quisiera reconcentrar en él la esencia de la familiaridad, la mayor prueba de confianza que nadie pudiera tener con nadie.

—¡Qué alegría, qué sorpresa! Comeréis aquí conmigo, por supuesto. Pero venid a mi habitación; os queréis lavar, descansar un poco.

Tira de ellos, los va llevando por sus dominios como una reina. Los visitantes pasan, arrastrados hacia el ascensor, del brazo de la afortunada. No mira a nadie, no saluda a nadie. Habla en voz alta para que la oigan bien todos; está actuando para sus compañeros del balneario, y el saber que ellos están ahí detrás, y que han hecho un silencio, y que la van siguiendo con los ojos, es lo que le da precisamente esta satisfacción y esta euforia. Pero no mira a nadie, no vuelve a hablar con nadie hasta la noche, cuando sus amigos se han marchado. Se escurre furtivamente a la cocina y manda adornar la mesa del comedor con caminos de flores y poner entremeses o algún plato especial. Y después de comer les enseña el parque de atrás, solitario y llovido, y el manantial de las aguas medicinales, con la Virgen de Lourdes encima, saliendo de una gruta feísima. Y después de comer forman entre ellos solos una partida de pinacle. Pero no les presenta a nadie; ella sola los disfruta celosamente, y a aquella mesa nadie se acerca; apenas se atreven a

echar miradas de reojo. Solamente cuando se han ido vuelve al corro de las señoras y les explica que eran como hermanos, que para ella son como hermanos.

Estos visitantes suelen estar tomando las aguas en otro balneario cercano y aprovechan estos días lluviosos para cumplir la promesa hecha a su paisana de que la iban a visitar.

Las mañanas de calor es bueno ir a pasar a la sombra en el parque de atrás, cerca de la cascada. El parque tiene al fondo una baranda de piedra que lo remata, como un mirador sobre el río ensanchado. Desde allí se ve un paisaje verde y tranquilo, y es dulce escuchar el sonido del agua, que se vuelve muy blanca al caer por el pequeño desnivel. Al pie de la cascada hay un molino viejo derruido. El médico del año pasado, que era muy bromista, contaba cosas de ese molino, leyendas de aparecidos y fantasmas para asustar a las señoras. Pero ya se sabe que esas cosas son mentira; ellas le llamaban mal cristiano, por creer en agüeros y supersticiones.

El parque tiene bancos de piedra y está repleto de flores opulentas y pomposas, de flores sin perfume que parecen cogollos de berza y que, al ser arrancadas, rezuman de sus tallos un zumillo lechoso que se pega a los dedos. En las vísperas de las fiestas solemnes se recogen en gran profusión para adornar los floreros del altar de la iglesia.

En este parque de atrás hay mucha mezcla; se topa uno con los agüistas modestos, que viven en los hoteles y pensiones de la otra orilla del río, y que vienen por la mañana a tomar sus vasos de agua al manantial. Son comerciantes pobres de provincias, gentes delgadas vestidas de luto. Pasean, toman el sol y forman sus pequeñas tertulias en voz baja. Muchas veces se les ve leyendo unos a otros las cartas de los hijos, que han quedado al frente del pequeño negocio, y les escriben que todo marcha bien, que gocen sin preocupaciones del veraneo.

Desde este parque, y también desde el paseo de delante, se ve, a un nivel más alto, en la orilla de enfrente, la cinta blanca de la carretera, que separa la montaña del río. Por esta carretera pasan los días de fiesta rojos autobuses repletos de excursionistas bullangueros que se amontonan encima del techo y asoman las cabezas por las ventanillas. Cabezas despeinadas de muchachas con las mejillas rojas de alegría. Cabezas que se apoyan en el brazo arremangado de un compañero. Desde la carretera miran las fachadas blancas y lisas del balneario y divisan, junto a la puerta, a unas personas sentadas silenciosamente tomando el sol, leyendo; y la sangre les hierve y no pueden soportar esa quietud. Les compadecen y les gritan adiós con toda la fuerza de sus pulmones, agitando desesperadamente brazos y pañuelos, igual que si quisieran ver agitarse y conmovirse a esas gentes, alcanzadas por la ola de su alegría, arrastradas por ella, o ver desmoronarse los blancos, aplastados edificios. Pero nadie contesta nunca a estos saludos. Sólo algunos señores alzan con estupor la cabeza y miran alejarse el autobús envuelto en polvo, en gritos, en canciones; y antes de que desaparezca en la primera curva lo ven inclinarse peligrosamente hacia el lado de acá, amenazando volcar toda su carga en el río, sin que cesen por eso las risas ni la música del acordeón. Y se estremecen ante tanta sinrazón e insensatez. Luego vuelven a su lectura, y el silencio en torno se les hace aún más grato.